

# TRABAJO Y DESCANSO

Por Paul Marshall<sup>1</sup>

**A**l hacer al primer hombre y la primera mujer, Dios les bendijo, y parte de esa bendición dice «fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla» (Gn. 1:28). Este «mandato cultural» incluye mucho más de lo que se suele describir con la expresión trabajo, pero es en términos de ese mandato que debemos definir nuestra vocación al trabajo.

Este mandato de Dios al primer hombre y a la primera mujer, y a través de ellos a toda la humanidad, viene a ser como la culminación de la historia de la creación de cielos y tierra. Lo que Dios hace en el sexto día no es una cosa más al final de su lista, sino el *clímax* de la historia. Este mandato muestra el *propósito* de Dios al crear al hombre y a la mujer en y sobre la tierra. No sólo el momento, sino también la forma, en que Dios crea al hombre es significativa. Al sexto día se nos dicen, por primera vez, los planes de Dios (v. 26), y su puesta en marcha (28). El plan es hacer la humanidad «a nuestra imagen» y «señorear» (tener dominio). Así que «señorear» es parte mismo del acto creativo de Dios. El «mandato cultural» es parte del plan de Dios para la creación

del mundo. La actividad humana, dando forma a la tierra, es continuación de los actos creativos de Dios.

Incluso la palabra *mandato* no es la más apropiada, porque el énfasis que Génesis hace en este sentido es en la *creación* de la humanidad como administradora de la tierra. No es que se hiciera a la humanidad, y luego se le dieran instrucciones, sino que Dios *hizo a la humanidad* para llenar y cuidar la tierra: esa es la razón por la que fuimos hechos, ya que forma parte de lo que somos. Si no cuidamos de la tierra como servicio al Señor, desafiamos la razón misma por la que fuimos creados.



Este mandato muestra también algo de lo que significa ser hecho «a la imagen de Dios». Ser a la imagen de Dios significa ser como Dios de alguna forma. Hay varias expresiones de esta imagen —el Nuevo Testamento menciona la justicia, la santidad, y conocimiento—. En Génesis la imagen parece hacer clara

referencia al señorío y a la creación, tener dominio sobre el mundo y ser creativo con él. Nosotros somos los que hemos sido llamados

---

1. PAUL MARSHALL es vicepresidente y profesor de teoría política del Instituto de Estudios Cristianos de Toronto (Canadá). El Dr. Marshall estudió geología en Manchester (Inglaterra) y Ontario (Canadá), doctorándose en la Universidad de York (Toronto) en ciencias políticas en 1979 con una tesis sobre «La Vocación: Obediencia. Obligación. Trabajo y Dios en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII». Autor de varios libros, entre los que destaca «Tuyo es el Reino. Una Perspectiva Bíblica sobre la Naturaleza del Gobierno y la Política Hoy», todavía inédito en castellano, aunque traducido ya a idiomas como el coreano y el indonesio.

a ser imagen de Dios, dando forma y cuidando de la creación de Dios.

Génesis va a describir como la humanidad responde a ese mandato, manifestando así la imagen de Dios. Se nos habla de la caída (3:6), la expulsión del Edén (3:23), el principio de las ciudades (4:17), el desarrollo de la vida pastoral y nómada (4:20), la música (4:21), la metalurgia (4:22), etc. La estructura de los primeros capítulos de Génesis está centrada en el relato de cómo los seres humanos *forman la historia*: nos dicen lo que han hecho aquellos llamados a llenar y sojuzgar la tierra en respuesta a ese mandato, sea pecaminosamente, como Caín, u obedientemente, como Noé.

A pesar de los efectos catastróficos del pecado, la caída no acaba con el mandato cultural. Adán todavía sigue trabajando la tierra, y Eva dando lugar a nuevas generaciones. Incluso después que Dios ahoga la tierra, y salva un remanente con Noé, se renueva el mandato (Gn. 9:7). De hecho la humanidad no puede dejar de intentar cumplir esa tarea, incluso pervirtiéndolo, porque así es como Dios nos ha hecho. No podemos siquiera sobrevivir si no lo cumplimos. Por lo tanto con Noé comienza el ciclo de la cultura humana una vez más, e inmediatamente leemos que comenzó Noé a labrar la tierra (9:20). y que sus hijos llenaron toda la tierra (9:19).

Con Jesucristo se renueva este mandato, al ser redimidos, aunque todavía no perfectos. Después de proclamar que somos herederos de Dios (Ro. 8:15-17), Pablo muestra el significado pleno de esta restauración —que es una promesa a la creación misma—: «el anhelo ardiente de la creación... porque la creación fue sujeta a vanidad... porque también la creación misma será libertada» (Ro. 8:19-20). Dios recuerda el pacto con la creación (Gn. 9:8-11). La creación será liberada del mismo modo, y

a causa de, que los hijos de Dios son hechos libres.

El mismo tema aparece en Apocalipsis. Juan escribe, «Y yo vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, dispuesta como una esposa ataviada para su marido» (Ap. 21:2). Aquí muestra Juan la reconciliación de Dios con su pueblo no ya en un jardín, como en el Paraíso, sino en una ciudad, creación de la cultura humana. Lo que había empezado por el pecado con Caín y Babel, aparece ahora aquí en perfección. Juan ve también a la esposa, no desnuda, sino «ataviada para su marido». Mientras que Adán y Eva se vistieron con hojas de higuera por la vergüenza que resulta de su pecado, la novia es presentada a Jesucristo con un vestido perfecto. La administración humana de la tierra es hecha perfecta a la venida de Cristo. El curso de la historia humana, el desarrollo de la obra de Dios en la creación, es recogido y redimido en la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra. «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo» (Ap. 11:15).

## TRABAJO

La importancia del mandato cultural muestra la importancia del trabajo al que son llamados los hombres como mayordomos de la tierra. Las Escrituras están llenas de alabanzas al trabajo hecho con manos, corazones y mentes humanas. Incluso Dios es descrito por analogías con el trabajo humano, como el que hace, forma, construye, y planta (Gn. 2:4, 7, 8, 19, 23). Las habilidades para el trabajo son descritas como dones de Dios: «El Señor ha nombrado a Bezaleel... y lo ha llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría, en inteligencia, en ciencia y en todo arte, para proyectar diseños, para trabajar. (Ex. 35:30-32; ver también Sal. 65:9-13; 104:22-24; Gn. 10:8-9).



Este tampoco es un tema que pierda importancia en el Nuevo Testamento. Aquí encontramos a Jesús inmerso en la vida y los problemas de los trabajadores. Los apóstoles eran mayormente de origen humilde, y a veces volvían a su trabajo después de haber sido llamados por El. Jesús fue siempre carpintero, a excepción de unos pocos años al final de su vida. Sus parábolas se refieren a sembradores (Mt. 13:3), segadores (Mt. 13:30; Jn. 4:35), edificación de casas (Mt. 7:24), pescadores (Lc. 15:11), y mujeres barriendo la casa (Lc. 15:8).

Pablo criticó la vaguería, y exhortó a los cristianos a trabajar (2 Ts. 3:10). El no hace distinción entre trabajo físico y espiritual, y usa ambos términos indistintamente, refiriéndose tanto al trabajo manual por el que se ganaba la vida, como a su servicio apostólico (1 Co. 4:12; 15:10; 16:16; Ef. 4:28; Ro. 10:12; Ga. 4:11; Fil. 2:16; Col. 1:29; 1 Ts. 5:12).

«Para Pablo, todo tipo de trabajo se origina en la fe, y es un servicio a Dios»

A menudo es bastante difícil saber a qué se refiere, o si él hacía tan distinción. Para Pablo, todo tipo de trabajo se origina en la fe, y es un servicio a Dios. Cuando él subraya que somos una nueva naturaleza, creados a la imagen de Dios, señala que debemos «trabajar, haciendo con nuestras manos lo que es bueno. La nueva criatura, restaurada en Cristo a la imagen de Dios ha de trabajar en el mundo de Dios para proveer para las necesidades de los otros y dar forma al desarrollo de la vida humana (Ef 4:17-32, especialmente v. 28; 2 Co. 11:9; 12:13; 1 Ts. 4:9-12; 2 Ts. 3:8; Hch. 20:35).

Pablo mismo trabajó con sus manos para no ser una carga para la iglesia, sino para ayudar a otros, exhortando a que otros cristianos siguieran esta práctica. Su consejo a los esclavos es que deben trabajar de buena gana como esclavos de Cristo. Esto muestra que él consideraba incluso el trabajo de un esclavo como un servicio al Señor comparable con su propia tarea apostólica. «Ya no hay... esclavo ni libre... porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gá. 3:28; Ef. 6:6.-7). Del mismo modo cuando dice que «si alguno no quiere trabajar, tampoco coma», no es que sea insensible a aquellos que no pueden ganarse la vida —muestra de ello es su programa diaconal de colectas para el pobre, compartiendo los bienes materiales—. Lo que a Pablo le preocupa no son aquellos que no pueden encontrar trabajo, sino aquellos que se niegan a compartir las cargas de su prójimo. Lo que está en contra es de una vida ociosa, de contemplación religiosa o de abdicación escatológica, ya que todos los miembros de la iglesia han de trabajar (2 Ts. 3:10). Esta idea se opone claramente a la actitud helenística hacia la cultura. Ya que para los griegos, el trabajo era

algo periférico a las verdaderas preocupaciones humanas, un simple substrato en el que pueden florecer las verdaderas actividades humanas. Pero Pablo no trata a la religión como una actividad «espiritual» separada del trabajo, sino que él considera que todos los aspectos de la vida son igualmente religiosos y nobles, cuando se hacen en servicio amoroso a Dios.

Incluso los nuevos cielos y la nueva tierra incluirán el trabajo. Isaías profetiza que «edificarán casas, morarán en ellas; plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos». (Is. 65:21-22). Cuando leemos que «martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces» (Mi. 4:3), no tenemos que pensar sólo en la destrucción de los instrumentos de guerra, sino también en la nueva creación de herramientas para trabajar.

En definitiva, los seres humanos están hechos para trabajar: esto es parte de lo que significa ser creados a imagen de Dios. Somos llamados a trabajar, y a encontrar satisfacción en nuestro trabajo. El trabajo ha caído bajo la maldición del pecado, por lo que supone dolor y sufrimiento. Pero el trabajo no es una maldición, aunque sufra de ese cáncer. El trabajo puede, y será, redimido totalmente, cuando se convierte con

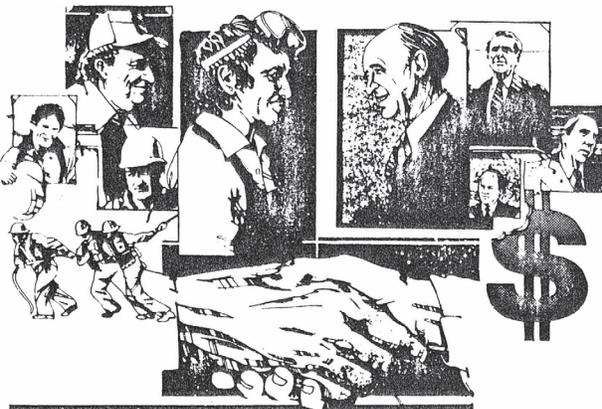
la nueva creación en una actividad voluntaria, auténticamente humana.

## LA RESTAURACIÓN DEL TRABAJO

La enseñanza bíblica sobre el trabajo tiene tres implicaciones inmediatas. La primera muestra que todas las actividades humanas han sido dadas igualmente por Dios, y son todas ellas religiosas. Ningún tipo de actividad humana puede reclamar prioridad religiosa sobre la otra. Por lo que podemos repetir con el reformador inglés Tyndale que «lavar los platos y predicar es lo mismo a la hora de agradar a Dios» y debemos rechazar el semignosticismo que ha invadido gran parte de la iglesia cristiana, especialmente el mundo evangélico. Los seres humanos no son aprendices de ángeles más preparados para la existencia en un plano espiritual. Nosotros somos los que Dios ha hecho para cuidar de la tierra, y servirnos los unos a los otros por medio del trabajo. Mientras el pecado ha provocado y causará dolor y frustración, el trabajo no ha perdido su carácter de servicio al Creador y a sus criaturas.

«El trabajo no debe ser considerado como la antítesis de la realización del hombre»

En segundo lugar, el trabajo no debe ser considerado como la antítesis de la realización del hombre. No somos criaturas destinadas para la libertad, y ahora atrapadas en una realidad alienante por necesidad. Somos llamados a manifestar la imagen de Dios, y en consecuencia a ser libres *en y por* el trabajo, en y por las necesidades de la vida. Este énfasis se opone a la moderna tendencia de nuestra sociedad, en la que aunque ciertas profesiones se consideran satisfactorias, el trabajo es tratado generalmente como «inútil» —en lenguaje de los propios economistas—, y algo carente de importancia. En palabras del pensador holandés



Sander Griffioen, el mundo moderno trata a la producción material como «una condición para el desarrollo del individuo, más que como parte de ese desarrollo».

En tercer lugar, el trabajo es el acto de una criatura hecha a la imagen de Dios. Por lo que el trabajo debe ser una acción responsable llevada a cabo por alguien que lleva esa imagen libremente. Esto también puede contrastarse con los modelos sociales dominantes hoy, ya que para una comprensión del trabajo como actividad que refleja el *imago dei* es necesario tratar el tema de la responsabilidad y la libertad humana. Tenemos que concentrarnos no en el salario como una «compensación» por el trabajo (a pesar de que todos tenemos el derecho de ser sostenidos en y por nuestro trabajo), sino en hacer un trabajo verdaderamente responsable. Como R. H. Tawney enfatiza, esto es necesario para un orden económico justo:

Tanto el orden económico existente, como demasiosos de los proyectos empeñados en reconstruirlo, falla en su negación del tópico de que, como incluso los hombres más humildes tienen alma, ningún aumento en su riqueza material les compensara de arreglos que insultan su propio respeto y deterioran su libertad.

El desarrollo de tal responsabilidad tiene un aspecto subjetivo que requiere un renovado sentido de la vocación y disposición a regocijarse en el servicio. Pero tenemos que evitar la descripción de la relación del trabajo con la responsabilidad como una mera cuestión de renovación personal. Nuestro trabajo no depende solamente de nuestras propias motivaciones: depende también de actitudes, motivación, y la acción de los otros, especialmente aquellos que nos han precedido y los que

tienen poder sobre nosotros. Tales actitudes se han establecido ya como relaciones de propiedad en las fábricas, el diseño de los lugares de trabajo, los tipos de productos que fabricamos, los tipos de máquinas en que trabajamos, y el ritmo y la paz de nuestro trabajo mismo.

Si trabajas en una fábrica de coches, puede que tengas mucha vocación para hacer coches buenos, y relativamente baratos, que hagan feliz a la gente que los conduzca. Pero es casi imposible mantener esa motivación si todo lo que tienes que hacer es repetir constantemente la misma acción mecánica con el ruido chirriante de una línea de montaje. De hecho, en una situación así, un sentido de vocación puede estar fuera de lugar, porque no tiene ningún contacto con la realidad. Ya que uno no es tratado como una persona responsable, hecha a imagen de Dios. No se te permite servir así a tu prójimo. El trabajo ha dejado de ser una vocación, para convertirse en algo doloroso, para el que el dinero es la única compensación.

Debemos reestructurar el trabajo para que sea de verdad servicio y vocación. Necesitamos diseñar lugares de trabajo y estructuras corporativas para poder ejercer auténtica responsabilidad, y ser tratados como criaturas de Dios. Esto supone concentrarse en un buen trabajo, rechazando la idea de que «el trabajo» y el obrero son artículos de consumo en el mercado de «trabajo». Aquellos que trabajan en una empresa han de ser responsables para ello, y necesitan una autoridad a la medida de su responsabilidad.

## LOS LÍMITES DEL TRABAJO

Hasta aquí he enfatizado la bondad y redención del trabajo, pero ya que el énfasis secular moderno está en el carácter salvífico del trabajo, tenemos también que decir que el trabajo

no es medio de salvación. El trabajo no es la mediación entre Dios y la humanidad. No puede erradicar el pecado, ni producir una nueva creación. No podemos obtener felicidad, ni seguridad, por medio del control de nuestro medio ambiente, humano o no.

«El trabajo no es medio de salvación»

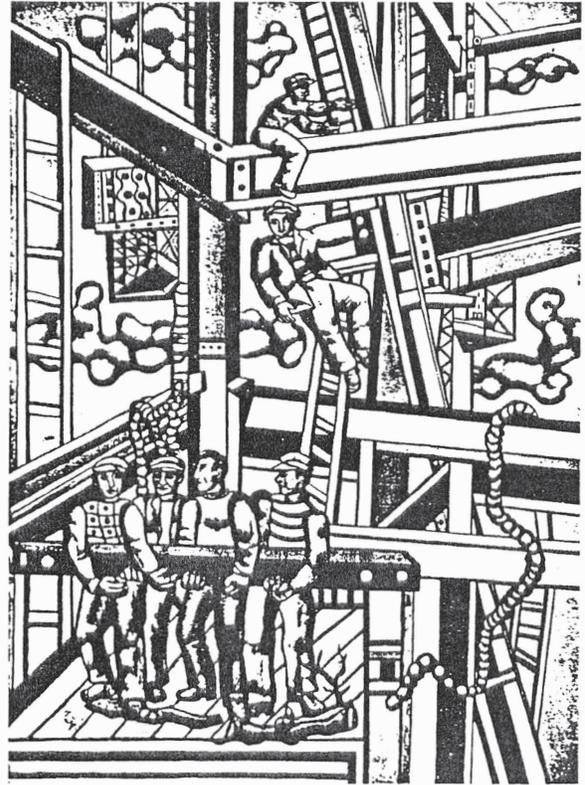
Tampoco podemos identificar el trabajo con la totalidad de nuestra vocación. Pablo dice a los corintios que «cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede» (1 Co. 7:20). Independientemente de su estado en la vida, esclavo o libre, han de permanecer fieles a su vocación como cristianos. El trata a la esclavitud como poco importante comparativamente. Comparado a este su supremo llamamiento, nuestra actual situación en la vida es secundaria. Estamos llamados a ser y vivir como cristianos: el trabajo es sólo una parte de esto.

Las Escrituras nos enseñan que la salvación es por gracia. Es un regalo de Dios, no resultado del trabajo. Las palabras más radicales que podemos decir a nuestra sociedad tecnológica son:

No os afanáis por esta vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber... Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan... Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? (Mt. 6:25-30; Jos. 24:2-13; Dt. 8:11-20; Lc. 12:13-32).

La salvación de nuestras vidas es un don de Dios a aquellos que confían en El y guardan sus mandamientos.

Las Escrituras relacionan su rechazo de la salvación por obras con la denuncia de un arrogante orgullo en el trabajo. El pecado de Adán



y Eva, al desear ser dioses y querer dejar de ser seres humanos, se repite en la construcción de la torre de Babel, pretendiendo que su «cúpide llegue al cielo». Babel simboliza el ansia de poder y grandeza, que rechaza los límites marcados por Dios, y separa a la gente. Isaías lo expresa así:

Porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido... sobre toda torre alta, y sobre todo muro fuerte... La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y solo jehová será exaltado en aquel día (Is. 2:12-17).

Tal orgullo se convierte en idolatría, la adoración de la creación, especialmente de la obra de nuestras manos —«haciendo imágenes mudas confía el hacedor en su obra» (Hab. 2:

18-19). Como Pablo advirtió a los hombres de Atenas, Dios no es «semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte y de imaginación de hombres» (Hch. 17:29; ver también Ro. 1:24). Y nosotros, a su vez, empezamos a parecer a nuestros ídolos. Como dice el salmista:

Los ídolos de las naciones son plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, y no hablan; tienen ojos y no ven; Tienen orejas, y no oyen; tampoco hay aliento en sus bocas. Semejantes a ellos son los que los hacen, Y todos los que en ellos confían (Sal. 135:15-18).

Si confiamos en la obra de nuestras manos, entonces seremos nosotros controlados y conformados por ese trabajo: seremos rehechos a su imagen. Y este proceso sucede, sin lugar a dudas, en nuestro mundo. Como ha señalado John Kenneth Galbraith:

Si continuamos creyendo que el propósito del sistema industrial —la expansión del rendimiento de trabajo, el aumento del consumo que le acompaña, el avance tecnológico, la imagen pública que lo sostiene— está en relación directa con la vida, entonces toda nuestra vida estará al servicio de estos fines. Lo que está de acuerdo con esos objetivos, eso tendremos o se permitirá; pero todo lo demás sobrepasará esos límites. Nuestros deseos serán dirigidos en relación con las necesidades del sistema industrial; la política del estado estará sujeta a similar influencia; la educación se adaptará a las necesidades de la industria; la disciplina requerida por el sistema industrial se convertirá en la mora! convencional de la comunidad. Todos los otros fines parecerán un lujo, carentes de importancia y aparentemente asociales.

Esta es la situación de muchas de nuestras sociedades, donde «la economía» se ha santificado de una forma tal que el paro parece casi una excomunión, encontrándonos esclavizados por ídolos.

Para poder adorar a Dios, en vez de a ídolos, tenemos que encontrar nuestro verdadero propósito en lo que Dios nos ha dado, no en lo que nosotros podamos conseguir. Por lo tanto, tenemos que estar constantemente alerta de los límites de la empresa humana. Seguimos siendo criaturas, y no podemos convertirnos en dioses, ni por medio del trabajo, ni por cualquier otro medio.

Los límites de nuestro trabajo y realizaciones son de doble naturaleza —la naturaleza de la realidad creada, y las consecuencias del pecado—. Por lo que tenemos que tener ambas en cuenta, así como distinguirlas cuidadosamente, no identificando la creación con el pecado, y en consecuencia no aceptar la identificación del triunfo del pecado, en nuestra actual situación de ruptura, con la voluntad de Dios, o negar nuestra naturaleza como criaturas, en una lucha prometea por escapar de ella.

«La economía se ha santificado de una forma tal que el paro parece casi una excomunión»

Debido a lo que somos en la creación, necesitamos siempre trabajar, y nuestro trabajo siempre nos presentará desafíos, llamándonos a la responsabilidad. Esta necesidad seguirá siendo una necesidad; y ni el trabajo eficiente, ni la tecnología avanzada, ni una perspectiva radical, ni un arrepentimiento ferviente, ni una revolución política, va a cambiarlo. Intentar superar esos límites es repetir la experiencia de Babel.

Pero debemos también enfatizar que, a causa del pecado, todas las buenas cosas que

Dios nos ha dado en la creación han sido deformadas. El trabajo se ha convertido en un instrumento, mezclado con el dolor y el sufrimiento, pesado, que nos puede convertir en autómatas o espantapájaros, e incluso matarnos. Estamos llamados a luchar contra estas consecuencias malignas, del mismo modo que nosotros, a causa de la victoria de Cristo, estamos llamados a luchar contra todos los efectos del pecado. Aunque el dolor no desaparecerá totalmente del trabajo hasta la segunda venida de Cristo, no podemos aceptarlo pasivamente: estamos llamados a luchar continuamente para transformar el trabajo de toda criatura humana en un servicio seguro, libre y gozoso.

## DESCANSO

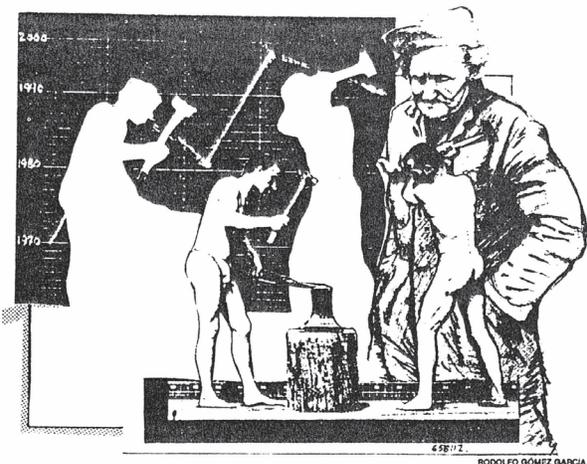
Como criaturas hechas a la imagen de Dios, somos llamados a hacer otras muchas cosas que sólo trabajar. Somos llamados a ser responsables cristianamente en todas nuestras relaciones: llamados a ser buenos maridos, esposas, padres, hijos, vecinos, y ciudadanos. Nuestro mandato y vocación es ser imagen de Dios en cada dimensión de nuestra existencia —incluyendo la alabanza, la intimidad, el juego, y el descanso—. Aunque la *vita contemplativa* no es un tipo de vida superior, es también una parte esencial de nuestra vida. Nuestro trabajo se ha convertido, *per se*, en la mayor prioridad de nuestro tiempo. Como dice Tomás de Aquino, sin embargo «la esencia de la virtud consiste en lo bueno, más que en lo difícil».

Una parte de nuestra vocación es el llamamiento al descanso. Incluso Dios descansó después de haber creado el mundo. El mandamiento de no trabajar en Sabbath tiene tanta importancia como los mandamientos de no matar o no robar. Durante el tiempo en el desierto, así como en el exilio, a Israel se le

prometió descansar en la tierra (Dt. 3:20; Jer. 46:27), un descanso que suponía un respiro también para sus enemigos (Dt. 3:10; 2 S. 7:1 I). La vida de Israel se ordenó en un ritmo de trabajo y descanso. Cada séptimo día, cada séptimo año, y cada séptimo año entre siete era Sabbath para el pueblo, los animales, y la tierra misma.

Este ciclo de trabajo y descanso estaba íntimamente unido a la confianza de Israel en Dios. Si Israel descansaba el séptimo año, necesitaba confiar en la promesa de Dios de que la tierra produciría un excedente suficiente (Lv. 25:18-24). En el quincuagésimo año, el año del Jubileo, la fe de Israel era probada todavía más. Al celebrar el Día de la Expiación, necesitaban dejar a un lado el trabajo de sus manos durante dos años, dependiendo totalmente de Dios (Lv. 25:8-12). De un modo similar presenta la salvación el Nuevo Testamento, como entrar en el descanso (He. 3-4). Y Jesús prometió descanso a aquellos que vinieran a Él.

El descanso es más que la recuperación y la preparación, de y para, el trabajo. Es una respuesta humana, dada por Dios, con derecho propio. «No es simplemente el resultado de factores externos, el inevitable tiempo libre, unas





vacaciones, o un fin de semana. Es... una condición del alma". El trabajo y el descanso abarcan, desde luego, actividades similares, pero hechas con un espíritu diferente. Para mí la

lectura es una parte del trabajo y una parte del descanso. El descanso está unido a la fe —y ésta es una razón por la que no podemos evitar el descanso—. Esa es también la razón por la que el cristianismo medieval lo consideraba algo superior. Las Escrituras relacionan frecuentemente la falta de descanso con la incredulidad (Sal. 95:8-11; He. 3:7-4:10).

Cuando descansamos, reconocemos que todos nuestros esfuerzos no harán de por sí nada. Significa dejar al mundo pasar de largo por un tiempo. El verdadero descanso exige el reconocimiento de que Dios, y nuestros hermanos y hermanas, pueden vivir sin nosotros. Exige el reconocimiento de nuestra propia insuficiencia, así como traspasar la responsabilidad. Es una auténtica rendición a los caminos de Dios. Es un momento de celebración en el que reconocemos que toda bendición viene de la mano de Dios. Esa es la razón por la que hace falta fe para descansar. Ya que cuando descansamos, aceptamos la gracia de Dios: no pretendemos ganarla, sino recibirla; no nos justificamos, sino que somos justificados.

«Hace falta fe para descansar»

Esta imagen bíblica contrasta con el deseo de huir del trabajo en nuestro mundo industrializado. Fabricamos distracciones y

entretenimientos, vivimos para las noches del viernes y el sábado, contamos los días que faltan para las vacaciones. Intentamos así negar el trabajo, cuando en realidad lo que estamos haciendo es dejarnos esclavizar por él. Una de las principales características del «ocio» en nuestra sociedad es el consumo, una actividad que por medio de la producción de «estilos de vida» se ha convertido en algo cada vez más semejante al trabajo. La reducción del horario laboral no ha producido, como esperaba Marx, una nación de pescadores y críticos, ni una cultura floreciente; sino un país de consumidores.

El tiempo libre del *animal laborans* no se usa nada más que para el consumo, y cuanto más tiempo se le deja, más ambiciosos y ardientes son sus apetitos. Y éstos se han vuelto cada vez más sofisticados, por lo que el consumo ya no se limita a sus necesidades, sino al contrario, se concentra sobre todo en los aspectos más superficiales de la vida, y no en cambiar el carácter de la sociedad. Es resultado de lo que eufemísticamente llamamos cultura de masas.

Nuestra sociedad se encuentra así cada vez más lejos del descanso. Sus «vacaciones» prefabricadas (incluyendo el «Día del Trabajo») han llegado a ser meras excusas para nuevas formas de consumo. La idea de descanso del Sabbath, o incluso del Domingo, ya no se tiene en cuenta, no sólo como resultado de la secularización que hace a Dios irrelevante para la vida social, sino también, y no en menor medida, por la obstrucción de la voraz avaricia del mercado de consumo.

Es posible sugerir varios pasos prácticos para la restauración del descanso, pero aquí simplemente quiero señalar que el verdadero descanso nunca puede depender de una habilidad o una

técnica, sino que debe de fluir de la fe viva en un Salvador, el Único que puede llevar todas nuestras cargas.

## CONCLUSIONES

He intentado aquí hacer algunas reflexiones teológicas sobre el trabajo y el descanso, relacionándolas con el sufrimiento y los problemas del mundo moderno. He enfatizado que nuestra vocación supone un ritmo de trabajo y descanso. Al hacer esto no he querido realmente tratar la cuestión de cómo dividir nuestro tiempo, o cómo decidir (si estamos en posición de decidir) entre diferentes tipos y cantidad de trabajo.

Es verdaderamente cierto que nuestra situación particular va a determinar en gran parte la respuesta que demos a estas preguntas. Pero a pesar de este condicionamiento, me gustaría enfatizar que la enseñanza bíblica no responde verdaderamente al propósito de responder a estas preguntas. Ya que no nos dice cuántas horas tenemos que trabajar o descansar, cuánto y en qué. No hay duda que es posible trabajar con responsabilidad dieciséis horas al día en un proyecto que ha de llevarse a cabo, o durante sólo unas pocas horas para poder tener tiempo para reflexionar; así como trabajar por un buen sueldo, para poder dar a aquellos que necesitan el dinero, o trabajar simplemente para sobrevivir, ya que se necesita trabajar; pasar la mayor parte de nuestro tiempo en un trabajo pagado, o hacer un trabajo voluntario, o dedicarse a la iglesia, o la familia; destacar en una profesión, o evitar todo interés propio y arrogancia profesional (Bernard Shaw describió una vez a la profesión como «una conspiración contra el laico»); buscar un trabajo que nos satisfaga verdaderamente y sea responsable, o hacer el trabajo que es personalmente degradante, pero

ayuda a los otros, o hacer cualquier cosa que suponga dinero; trabajar en una organización ya existente, o formar una nueva.

Esto no significa que nuestras decisiones, sí es que podemos tomarlas, sean relativas. Más bien significa que en lo que nos tenemos que ocupar, no es en principios o en reglas, sino en una respuesta honesta de fe, basada en un sabio discernimiento del espíritu de nuestro tiempo. La Biblia no nos da, en primer lugar, una teoría del trabajo, o una ética laboral, o una teología sistemática del trabajo. Lo que la Biblia dice del trabajo está en relación con Jesucristo; lo que hacemos está en relación con él, con lo que ha hecho, y con lo que hará. Las Escrituras nos muestran a Jesucristo con la promesa de que a través de él podemos reconciliarnos con Dios. Y así podemos trabajar y descansar. El trabajo y el descanso se unen en Jesucristo, que dice «Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros...».

Este artículo es una versión adaptada por el autor de su ensayo «Vocación, Trabajo y Descanso», publicado en el libro editado por Mark A. Noli y David F. Wells, «*Christian Faith and Practice in the Modern World*» (Grand Rapids, MI, EE.UU., 1988: Eerdmans), seleccionado por J. I. Packer como el mejor artículo teológico editado en ese año, siendo reeditado por la prestigiosa revista norteamericana *Christianity Today*, y publicado originalmente por *The Reformed Journal* (así como posteriormente en una versión abreviada por la revista inglesa *Third Way*) a quien agradecemos el permiso para su traducción y publicación, con la autorización expresa del autor.